

Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización

Reunión con Presidentes de Organizaciones Empresariales Iberoamericanas

República Dominicana (9 –11 de octubre de 2002)

Exposición del Dr. Juan Somavia, Director General de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).ⁱ

Nos hemos reunido hoy en la República Dominicana, donde acabo de terminar una visita oficial. Para un Director General de la OIT, que es una organización tripartita, reviste gran importancia visitar este país y escuchar al Presidente de la República, a su Ministro de Trabajo, al Presidente de la COPARDOM y al Presidente de los sindicatos decir con orgullo que el año pasado no se perdió en el país una sola hora por razones de huelga. Este alto nivel de civilidad, de conciencia cívica, pone de manifiesto el papel que desempeña el diálogo como método contemporáneo para la resolución de conflictos. Los líderes de los empleadores y de los trabajadores que tienen una visión de futuro conocen la diferencia entre la confrontación y el diálogo, y consideran que el diálogo es el método más útil y, desde luego, el más productivo.

En mi visita oficial a este país, participé en la inauguración de una Reunión sobre Productividad y Competitividad. En esa oportunidad, manifesté que no podía haber mayor contribución a la competitividad que las buenas relaciones laborales, la paz social, el entendimiento y el diálogo entre trabajadores y empleadores. Y esto tiene que ver con los grandes temas que trata la OIT y con las grandes cuestiones que plantea la mundialización.

Un recuerdo personal: a principios de los 90, yo era Embajador de la democracia recientemente restaurada en Chile. De acuerdo con el Presidente Aylwyn, se formuló- desde Chile- la propuesta de una Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social. Después fui nombrado Presidente del correspondiente Comité preparatorio, y la Cumbre se celebró en 1995, en Copenhague.

En el momento de lanzar la discusión y el debate sobre cuál iba a ser el contenido de esa Cumbre, recuerdo haber dicho lo siguiente: que las sociedades abiertas son mejores que las sociedades cerradas, que las economías abiertas son mejores que las economías cerradas; que la sana gestión macroeconómica, el equilibrio presupuestario y la baja inflación eran temas importantes, lo mismo que lo era el consenso respecto de que el desarrollo de la inversión y de la empresa privada era el motor del desarrollo. Recuerdo también haber dicho, ya entonces que nos encontrábamos inmersos en un proceso de revolución tecnológica. Estoy hablando de 1992. Evidentemente, se produjeron otros

cambios de mayor alcance, la democracia debía ser el factor político que aglutinara todo ese proceso, y- finalmente - la Cumbre Social acabó por plantear los temas de la reducción de la pobreza, del logro del pleno empleo y de la cohesión social.

Creo que eso, que hace 10 años yo pensaba era un consenso, hoy en día está en peligro. Se están poniendo en duda esos principios en un proceso extraordinariamente negativo.

Creo que se expresan críticas muy severas contra políticas concretas que se pusieron en ejecución sobre la base de esos principios y supuestos: políticas financieras, políticas comerciales, políticas de cooperación internacional. Se ha producido una confusión entre ciertas políticas, procedentes del ámbito internacional, que pretendían conocer la mejor manera de producir la apertura de la economía, la mejor manera de liberar los flujos financieros.

El ataque a esas políticas ha terminado afectando a los elementos fundamentales del consenso que se había obtenido en la Cumbre de Copenhague sobre la base de principios permanentes. A partir de la aplicación de esas políticas aparecieron críticas ideológicas, críticas populistas, pero también críticas sensatas y razonables, y es preciso diferenciar unas de otras. Es difícil hacerlo porque no hay diálogo, no hay espacios de diálogo sobre estos temas. La OIT es el espacio, es el lugar donde un diálogo sobre estos temas se puede desarrollar con posibilidades de éxito y de equilibrio entre las distintas posiciones.

La OIT es el mejor lugar para establecer este diálogo: primero, por su composición. Somos el organismo más democrático del sistema internacional, un organismo al cual los gobiernos han devuelto la mitad de su soberanía para entregarle un cuarto a los empleadores y un cuarto a los trabajadores.

Segundo: Las sesiones del Consejo de Administración de la OIT son públicas. Si bien la prensa no se interesa demasiado en asistir a todas las sesiones, sí lo hace cuando se discuten temas candentes como, por ejemplo, la situación en Colombia.

Tercero: por la legitimidad y honestidad de nuestro mandato, que es la búsqueda de la justicia social en el mundo por la vía del diálogo.

Cuarto: por el valor social del Programa de Trabajo Decente que propone la OIT. Este Programa de Trabajo Decente fue el fruto de un proceso de consultas internas para determinar qué es lo que se quería hacer dentro de la OIT. Esta propuesta de Trabajo Decente es una integración entre el programa histórico de la OIT, que abarca los derechos laborales y la protección social, y un programa moderno para la creación de empleo a través de la creación de empresas. La

creación y el desarrollo de la empresa se define como un objetivo estratégico de la OIT.

Cuando salimos al mundo con este nuevo programa de la OIT, tanto quienes criticaban la mundialización como quienes apostaban por ella se sintieron interesados. Un caso práctico: Este año he sido invitado, en mi calidad de Director General de la OIT, para hablar del Programa de Trabajo Decente en la Cumbre de Porto Alegre, donde se reúne el mundo de la contestación y de la crítica contra la mundialización, y también en el Foro Económico de Davos, donde se reúne el mundo de los negocios. Ambos sectores me solicitaron hablar del mismo tema, para unos porque el Programa de Trabajo Decente respondía a una serie de problemas que se encontraban en el origen de las protestas contra la mundialización, para otros porque este Programa integraba al mundo de los negocios, al mundo de la empresa, por lo tanto, podía servir de base para conversar y discutir.

La creación de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización es el resultado de un proceso político el que se reconoce que la OIT es, probablemente, el mejor marco donde celebrar ese diálogo necesario.

Desde esa perspectiva hemos puesto, de manera simbólica, a dos Jefes de Estado a la cabeza de la Comisión. De manera simbólica, porque uno de ellos es la Presidenta de Finlandia, un país pequeño, que entró en crisis cuando desapareció la Unión Soviética y hubo de enfrentarse a un grave descenso de la producción y a unas tasas de desempleo brutales, y que hoy resurge gracias a la mundialización, aprovechando las fuerzas de la mundialización.

El otro Jefe de Estado es el Presidente de la República Unida de Tanzania, país símbolo de una región donde la mundialización, sencillamente, pasó de largo.

Mi opinión, configurada a partir del diálogo con la gente, de la participación en conferencias, de conversaciones con Presidentes y líderes empresariales y sindicales de todo el mundo, es que el tema que está en el meollo del asunto, el motivo que hace que la gente se sienta cada vez con más fuerzas para manifestar “este modelo de mundialización no me gusta”, **es la baja tasa de creación de empleos ahí donde los empleos más se necesitan.**

El tema de la falta de creación de empleos se está transformando en la síntesis de la reacción contra este modelo de globalización. Efectivamente no sólo no ha aumentado el empleo global sino que ha aumentado la economía informal, la economía ilegal. Esto lo sufren ustedes, como empresarios, porque comienzan a instaurarse formas de producción que terminan por competir sin tener que someterse a marcos regulatorios legales.

También ha aumentado la incertidumbre. Hay una volatilidad extraordinaria. Los empresarios se preguntan, por ejemplo, dónde estarán sus mercados dentro de

tres años. El empresario está dispuesto a asumir riesgos (por eso es empresario), pero el incremento del riesgo no responde ya a las decisiones de empresa que él ha tomado, sino que los riesgos son producto del funcionamiento del sistema, en un entorno cada día más complicado y más difícil.

Los líderes políticos sienten la presión de los ciudadanos, sin encontrar alternativas para proponer empleo, pese a ser ésta la demanda prioritaria en todos los países. El eje de la cuestión es el empleo, y la creación de empleo depende de la empresa, y la empresa requiere de un entorno propicio, los empresarios se sitúan en el centro de cualquier solución al problema, pero - al mismo tiempo - crear empleo no es responsabilidad del empresario; su responsabilidad es crear empresas y facilitar bienes y servicios para responder a un mercado. Frente a ello nos preguntamos: ¿cómo avanzar en un espacio en el que tiene que existir una política unificada nacional? ¿Qué prioridad concedemos al empleo en el plano internacional?

Creo que actualmente, y de acuerdo con las políticas macroeconómicas imperantes, se quiere considerar el empleo como un **resultado**: si las políticas macroeconómicas ocupan el lugar que les corresponde, si se actúa correctamente, se producirá crecimiento, y del crecimiento resultará el empleo. Pero el empleo no está resultando.

Lo primero en lo que debe pensarse es en el empleo como **objetivo**, entendiendo por empleo un empleo productivo, y sin tratar de inventar empleo por la vía del sector público o de aumentar el número de empleados públicos. Las preguntas a las que hay que responder son las siguientes: ¿cómo fijarnos el objetivo de la creación de empleo productivo y de hacerlo con calidad? y ¿cuáles son las políticas que promueven ese tipo de empleo?

Es necesario considerar dos aspectos:

1. En las políticas actuales se observan ciertos desequilibrios y cierta falta de equidad, que resultan de unas reglas de juego internacionales, que es necesario corregir y que afectan directamente a nuestros países de América Latina y, desde luego, a los países en desarrollo.

Se ha puesto un enorme énfasis en la inserción global de nuestras economías. Nadie puede negarse a ello. En el mundo de la economía del conocimiento en el que los mercados se globalizan, interesa a todos hacer todo lo posible para encontrar espacios donde puedan obtenerse la mayor cantidad de ventajas, pero se ha dejado de lado el **desarrollo local**. Esto ha producido un enorme desequilibrio. Los grandes organismos internacionales no facilitan un "recetario" que diga lo que hay que hacer para reforzar lo local, cuando es justamente en el plano de " lo

local” donde se van a tener que producir las respuestas a las necesidades que están creando las tensiones sociales.

En los próximos años, no será la vinculación a la economía global la que permita crear los empleos que nuestros países necesitan. Tal vez acabe por ocurrir pero, si se quiere estabilidad en los próximos diez años, ésta no va a provenir de los empleos generados por la vinculación con la economía global.

Esto no implica dejarla de lado, pero no puede ser la única “receta”. En consecuencia hay que ocuparse de todo lo que tiene que ver con el consumo local, el empresariado local, el capital local.

2. Se ha puesto mucho énfasis en la inversión extranjera. Se sabe que es fundamental: aporta tecnología y vínculos con los mercados internacionales. Pero se ha puesto poco énfasis en el **capital nacional**.

Sería interesante ver grandes promociones dirigidas desde los organismos internacionales al mercado de capitales locales, maneras de estimular al capital nacional, estímulos a la iniciativa empresarial local.

Se insiste en el tema de la inversión extranjera (en sí no es mala siempre resulta bienvenida), pero parece ser lo único que se promueve. Se están olvidando otras dimensiones fundamentales de nuestra economía, y una de las necesidades fundamentales es poder disponer de un empresariado nacional fuerte; no se quiere que nuestros países terminen siendo sucursales del capital internacional. El capital internacional es indispensable, pero necesitamos un empresariado nacional fuerte.

También tiene importancia el tema de la micro, de la pequeña empresa y del autoempleo, así como el estímulo de la iniciativa individual. Esos no son los espacios clásicos de la inversión, pero si pueden ofrecer respuestas para lograr el volumen de empleo deseado. Es también una manera de ir resolviendo el tránsito de la economía informal a la economía formal. Este tema del tránsito de la economía informal hacia la economía formal no es una preocupación actual de los organismos internacionales económico-financieros, pero es un tema absolutamente clave en nuestros países, porque la economía informal está creciendo.

Queda un tema pendiente: el tema de las reglas del juego financiero. La liberalización financiera ha sido extrema, ha creado una atmósfera que nos hace mirar a la economía con ojos solamente especulativos. La mundialización no es especulativa en sí, pero sí ofrece oportunidades y genera espacios, y se crean productos financieros que antes no existían y que no generan necesariamente desarrollo productivo, sino que se transforman en meros “juegos financieros”.

Las reglas del juego financiero estimulan un “efecto de contagio”. Este efecto de contagio tiende a asumirse como una característica natural del sistema financiero. Cada crisis mundial o regional o nacional “contagia” a las economías de otros países.

Otro aspecto que ha de considerarse es la manera en que tienden a resolverse los problemas económicos. En general cada vez que se presenta un problema económico, se resuelve otorgando primacía a los aspectos monetario-financieros y no a los productivos, no se buscan salidas basadas en la inversión, en la reactivación o en la manera de inyectar nuevos recursos.

Hay evidentemente un problema de equidad. Ustedes, como empresarios saben que la competitividad, por definición, forma parte de sus vidas: arriesgan capital, reconocen que existe la competencia y se organizan para tener éxito en el marco de esa competencia. Pero, si las reglas del juego no son equitativas, esa competencia queda de algún modo falseada. Este modelo de mundialización termina por no ser equitativo para los más débiles. El más débil puede ser un trabajador y su familia, puede ser una empresa, puede ser un país, pero el modelo está concebido sobre la base de que los que ganan son los más fuertes.

En consecuencia, es necesario buscar políticas diferentes, políticas que distribuyan mejor los beneficios. No existe una imposibilidad técnica, el problema radica en que no se han fijado objetivos políticos.

No se aprecia la vinculación entre la falta de empleo y una familia infeliz. El desempleo es pura estadística, pero luego nos preguntamos qué está pasando con nuestras familias. Una familia, unidad básica de la sociedad que todos queremos, no puede desarrollarse como tal si falta el trabajo. La falta de empleo está afectando a la unidad básica de la sociedad, que es la familia, está afectando los fundamentos mismos de la paz social, crea tensiones que se vuelven inevitables y está desembocando en un descrédito creciente de la democracia.

En un estudio recientemente publicado se afirma que en 13 de 17 países de América Latina, la gente tiene menos fe en la democracia en el 2002 que en 1996. Este no es un problema técnico, es un problema político. Si dejamos sin resolver los problemas de la mundialización, se pueden producir, simultánea o alternativamente, varias cosas: que se consolide una visión ideológica de lo que está ocurriendo, y se corra así el riesgo de repetir lo que ocurrió en etapas anteriores que queremos dejar atrás, o bien que se produzcan reacciones populistas o reacciones autoritarias. Dogmatismo, populismo, autoritarismo pueden ser consecuencias no deseadas que llegarán a producirse si no se resuelven estos problemas de falta de equidad.

El problema, que es político, también requiere que se le dé una consideración ética. Durante mi gestión como Director General de la OIT, se ha hecho un estudio de todas las tradiciones espirituales en relación con el Trabajo Decente. El Trabajo Decente, con sus cuatro objetivos estratégicos, está respaldado por todas las tradiciones espirituales del mundo.

Finalmente, tenemos un instrumento llamado OIT. No existe otro que sea más democrático. Tenemos la Comisión Mundial para la Dimensión Social de la Globalización, donde están representadas visiones muy distintas, y tenemos el objetivo de encontrar la manera de avanzar a través del diálogo.

Muchas Gracias.

ⁱ Versión sintetizada a partir de grabación.